

Diálogos cruzados a propósito de una catarsis colectiva

Redacción de *Cine Cubano*



Considerable despliegue de opiniones mediáticas inclinadas al balance positivo, y una suerte de catarsis sorprendentemente generalizada provocó, luego de su paso por salas cinematográficas en febrero y marzo, *Por qué lloran mis amigas*, ópera prima de la realizadora Magda González Grau. Singular reflexión sobre la amistad y el paso del tiempo entre mujeres, habida cuenta de que para ellas ni la una ni lo otro alcanza iguales resonancias íntimas que para los hombres. La sinopsis, austera, observa pasado y presente de cuatro amigas, que deciden volver a encontrarse luego de más de veinte años sin verse, y la reunión deviene desafiado verbal donde cada una expone, por turnos, sus frustraciones y traumas más íntimos.

La mayor parte de los críticos y periodistas se concentraron en glosar, positivamente casi siempre, las virtudes del guion y su habilidad para reflejar cierto contexto psicosocial. En la Cartelera Cine y Video se lee que «la película se relaciona de cerca con el melodrama femenino, apostado temáticamente en conflictos y crisis relacionados con la madurez, la familia y la pareja, y sobre todo con la frustración o realización personal. Tales son los motivos dominantes de esta trama, centrada en el duro papel de esposas, madres, profesionales y cubanas contemporáneas de estas cuatro mujeres cuya esencia y conflictos llegan mucho más lejos que los rebordes del ataque de nervios. Porque aquí la feminidad trasciende las imágenes de histeria, *glamour*, teatralidad y frivolidades (a veces exquisitas) que recrea un cineasta como Pedro Almodóvar».

Diana Castaños, en Cubahora.cu subraya algunos de los tópicos recurrentes en que incurre el argumento:

Ya ustedes saben. Lo típico de las mujeres de mediana edad. Los matrimonios que no funcionaron. Los hijos adultos que «metieron la pata» tanto o más que ellas mismas. El Síndrome del Nido Vacío. La identidad de género haciendo de las suyas... a esas alturas de la edad. La verdad es que *Por qué lloran mis amigas* no es una cinta original. (...) Pero es que... todo en este filme es absolutamente predecible. Así que no entiendo de qué están tan sorprendidos todos. (...) Y ese guion traído por los pelos en el cual las mujeres se sientan a criticarse las unas a las otras antes de preguntarse si quieren café... Vamos. Es un guion torpe, nefasto, lleno de prejuicios baratos... que intenta vender sus propias limitaciones mentales, sus propios tabúes,

como conflictos que la sociedad cubana debe superar.

En el foro de Cubahora, debajo del artículo de Castaños, opinó una espectadora: «Tampoco creo que sea una buena película, entretiene y se disfruta la actuación de cuatro brillantes actrices. Pero me parece que podría haberse trabajado más el guion. ¿Cómo es posible que una gran amiga esté presa durante quince años y ninguna de ellas lo sepa? ¿Cómo es posible que una profesional moderna maltrate a los dos hijos, y a uno de ellos por el hecho de tener sida y ser homosexual? Un amor lésbico y platónico se sostiene durante veinte años, cuando se supone que ambas cambiaron muchísimo por dentro y por fuera. *Regreso a Itaca* es parecida, pero más lograda que *Por qué lloran mis amigas*». Un poco más abajo, en el mismo foro, asegura otra lectora: «No me parece una buena película. Sé que en ella va el esfuerzo y trabajo de muchos profesionales pero no, no es, en mi opinión una buena puesta. Solo la salva que figuren en plantilla cuatro experimentadas actrices, pero decepciona, y en ocasiones se vuelve especialmente decadente y superficial. Los personajes son un cliché de lo más barato, unidimensionales y con muy poca profundidad».

Más dispuesto a establecer hasta qué punto el filme representa el irregular relieve psicológico de sus personajes, y de la sociedad cubana en su conjunto, Jesús Dueñas opinó en el sitio oficial de la UNEAC (www.uneac.org.cu):

Los recuerdos, sueños, vivencias, experiencias y frustraciones salen a la superficie a través de una catarsis emocional que las coloca frente a sus vidas futuras; por ende, deviene el pretexto idóneo para llevar al celuloide el vigente conjunto de problemas que enfrenta la mujer en la sociedad cubana actual. *Por qué lloran mis amigas* tiene como punto focal o eje central en que se sustenta la acción dramática, el criterio de que, desde la diversidad de pensamiento, ideología u orientación sexual, se puede llegar a una comunión de intereses o consenso de opiniones, convergentes o no. (...) Ese largometraje facilita la reflexión serena y profunda, invita a debatir desde todo punto de vista, y ayuda a pensar más, así como a valorar —desde una óptica objetivo-subjetiva por excelencia— el concepto de amistad, tan olvidado o subestimado.

Magda y su guionista, Hannah Imbert, se tomaron muy en serio sus personajes, y desde el respeto

amoroso, y a partir del tremendo reto que significa una construcción dramática apostada principalmente en la caracterización a través de los diálogos, desfilan ante el espectador miedos e intolerancias, pobrezas de espíritu y derrumbes del alma, dentro de la línea principal que demarca el reencuentro, salpicado con retrospectivas a la adolescencia, o a los momentos de máxima tensión ambientados en los años ochenta, noventa e incluso más recientes. Sin embargo, la periodista Vladia Rubio en Cubasí se preguntaba si son las protagonistas en verdad representativas de las cubanas. O si viven, se alegran y sufren por motivos comunes o al menos semejantes a los de las mujeres que alentamos en esta Isla:

Los conflictos que aquejan a cada una de las cuatro mujeres de esta entrega coral pareciera resumirlos una de ellas (Gloria, interpretada por Luisa María Jiménez) del modo más sintetizado posible: «Irene, una invertida; Carmen, ladrona; y Yara, una loca idealista». En igual tónica de síntesis a Gloria podrían endilgársele los cartelitos de intolerante e inflexible *in extremis*: de las cuatro, salvo una, todas residen en excelentes viviendas; todas son universitarias, ninguna es obrera o técnica, y, asombrosa, casi increíblemente, a ninguna se le ve «fajada» con esa doble jornada

—laboral y doméstica— que es la que por sobre todas las cosas golpea hoy a la mujer cubana.

Respecto a la manera en que concibió todo el entramado dramático, criticado por unos y elogiado por otros, Magda González Grau ha explicado, en el Portal de la Televisión Cubana, ciertos detalles que ayudan a una interpretación más eficaz de la película:

Hace tres años, Hannah me dio a leer este guion y me explicó que estaba inspirado en una fiesta donde había estado su mamá, y sus amigas habían hecho catarsis sobre sus respectivas vidas. En una de las paredes de la casa estaba el cuadro *Amigas* de Sandra Dooley, y también se inspiró en el libro *Tratado de culinaria para mujeres tristes*, de Héctor Abad. Me gustó la edad de los personajes, que es semejante a la mía y que me daba ventaja a la hora de entenderlo todo. (...) Todas las mujeres que trabajaron en la película contribuyeron con sus experiencias a completar el diseño de personajes y situaciones que Hannah nos proponía. Si hay algo específicamente autobiográfico es en Yara. La guionista admira en mí la voluntad de mantenerme

luchando por lo que creo, y tomó algunos elementos de mi angustia, que es la angustia de muchas mujeres cubanas, por lograr realizarnos como seres sociales y profesionales y cumplir con los roles que la sociedad nos adjudica como esposas y madres. (...) En este trabajo colaboró mucho la directora asistente Geraldine León y recuerdo largas sesiones de conversación sobre la psicología de cada una de estas mujeres. Luego vinieron los asesores, que insistían en que marcáramos a una protagonista y nosotras defendimos que fueran las cuatro, porque había que mantener el equilibrio entre ellas para que ningún conflicto superara al otro. El espectador puede salir diciendo que este personaje le gusta más que los demás, pero todas debían tener la misma importancia.

Resulta inocultable el hecho de que al filme le criticaron el aura televisivo, radial, e incluso teatral, por la extremada atención a las actrices y a sus personajes, o más bien a lo que ellas dicen. También debe tenerse en cuenta la larga lista de eminentes paradigmas en la historia del cine que optaron por la hipertrofia del *logos*, de la palabra en tanto resultado de la inteligencia y el pensamiento. Porque en esta película, la apoteosis del *logo* está marcada por

el intencionado equilibrio con los otros dos modos de persuasión en la retórica aristotélica: el *ethos* y el *pathos*, en tanto se coloca sobre el tapete la moral cotidiana, y el sufrimiento implícito en ciertas elecciones.

Otro criterio, completamente diferente, expresó Antón Vélez Bichkov en el elblogdelahormiga.blogspot.com, quien comienza su diatriba distinguiendo códigos televisivos y cinematográficos que, desde los años ochenta hasta ahora, han venido confundiendo, dentro y fuera de Cuba:

Marcada por la gramática televisiva, que afloja en texto, puesta y actuaciones, Magda no logra la transición al celuloide (...) Mucho se ha hablado de que esta es una película sin exteriores, pero al filme no le quedaba otro remedio que ser minimalista. No tenía historia para salirse de las cuatro paredes. Tampoco para volar alto. El principio suave, casi pastel se mancha rápido, con los brochazos del guion. Tan pronto suenan los primeros bocadillos se enciende el bombillo rojo. Hannah Imbert, la productora y guionista, tiene que acomodar muchos datos, en pocos minutos y por más que intente irse por mejores trillos, se pierde en los atajos. Todo resulta demasiado recalcado, muy evidente, incluso obvio.

El crítico tampoco le perdona la asunción de cierta teatralidad evidentemente calculada:

Lleno de parlamentos retrospectivos, editoriales, que siempre terminan en catarsis, el texto esconde una matriz teatral que también subyace en las obras pseudo-reflexivas. Los diálogos pretenciosos, saturados de filosofía de bodega con barniz intelectual, terminan, para colmo siendo didácticos (...) O desfachatadamente capciosos: «Ese es el problema de este puñetero país, que no siempre ganan más, los que trabajan más». (...) La ecuación más facilista para espantar la monotonía del concurso de frustraciones era intercalar un festival de *flashback*, ilustrando el pasado y refrescando el presente. Un pedacito de una, un pedacito de otra, monólogos entroncados so pretexto del reencuentro. Unificadas más que en su amistad, en su fracaso, la fisura entre sus caracteres, se hace mayor por el embate de los años. Estas amigas no tienen la conexión necesaria para sobrevivir a dos décadas de silencios. Ni la justificación precisa para reparar la brecha.

A pesar de las andanadas escritas por Vélez Bichkov, la mayor parte de los periodistas y críticos aceptaron que el filme presentó personajes mayormente creíbles, y también ilustró la vida de las mujeres cubanas en el siglo xxi. En un texto titulado «Luces y sombras de *Por qué lloran mis amigas*», publicado en Zafra Media se le concede al filme la virtud del panorama psicosocial, y su capacidad para construir una obra dramática y reflexiva, distanciada del chiste fácil, el humor por encima de la narrativa y los estereotipos machistas. El opinante señala otros problemas:

Como casi siempre, el cine nacional intenta sustituir al periodismo y denunciar problemas que todos conocen pero que ningún vocero oficialista se atreve a decir. Quizás lo más llamativo sea Carmen (Edith Massola), una madre que durante el periodo especial robó en su centro de trabajo para alimentar a sus hijos y terminó presa. Carmen es la primera en enfrentarse al juicio del resto, sobre todo al de Gloria (Luisa María Jiménez), la más conservadora (o intolerante) a causa de **una formación religiosa.** (...) El giro de tuerca, o si se prefiere, el antagonista, está en Gloria. Todo orbita alrededor de ella: los juicios carentes de sentido, las sobrerreacciones, el

enfoque desfasado; y al parecer, el motivo de esto es la religión, un crucifijo en su cuello y las numerosas menciones a Dios nos lo dan a entender en todo momento. Un ataque gratuito a la fe y a la religión. Luisa María humaniza a una Gloria extremista y llena de prejuicios, y cualquier duda que podamos tener acerca de su lógica pasa a un segundo plano. No solo ella, Massola, Núñez y Gómez cumplen su cometido con creces al interpretar a cada una de las mujeres, lo hacen por el oficio que tienen, y gracias a ellas, y a un guion decente, la cinta es potable.

En cuanto a la evaluación histriónica hubo consenso mayoritario. El filme requería de actrices muy notables, capaces de ilustrar metonímicamente una personalidad completa a partir de solo un ápice, y que el público comprendiera las inmensas y sutiles catástrofes que socavaron, a ratos, el ánimo de estas mujeres. Edith Massola y Luisa María Jiménez confirman su categoría estelar, en los dos personajes más complejos, y la segunda de ellas contiene victoriosamente con el estigma de un personaje que algunos pueden ver como «la mala». **Amarilys Núñez y Yasmín Gómez aportan todo lo que pueden, y es suficiente, para acreditar sus personajes, más equilibrados y racionales, menos telúricos y viscerales.**

Sobre el trabajo de dirección de las intérpretes, González Grau declaró a OnCuba que

la película se sostenía en las historias y en las actuaciones, por lo que se necesitaba actrices de talento. Ya tenía a dos de las imprescindibles, **Amarilys Núñez y a Luisa María Jiménez, a las que había reclutado cuando trabajamos en el teleplay *Añejo cinco siglos*.** Me faltaban dos. Siempre quise trabajar con Edith Massola y a Yasmín Gómez **no la asociaba con ninguno de los personajes, pero como es una excelente actriz y conozco su inteligencia y su profesionalidad, pensé que tendríamos que trabajar duro, pero seguramente con buenos resultados.** Estoy muy contenta con el trabajo de todas ellas. Aprendí muchísimo en la etapa de construcción de los personajes. Son actrices muy profesionales que se involucraron a fondo, estudiaron mucho, hicieron propuestas valiosísimas y participaron activamente en el diseño externo de sus personajes.

Coproducida por RTV Comercial y el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos,

Por qué lloran mis amigas se estrenó con impresionante éxito de público en el 39 Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana. E independientemente de sus virtudes y defectos, agrega otro empeño del cine cubano por ilustrar la contemporaneidad, y establecer fuertes nexos con su público natural, además de exponer una nueva modalidad productiva que vincula cine y televisión:

Si RTV Comercial no hubiera accedido a producir esta película, y el ICAIC no se hubiera interesado en concluir su posproducción, nunca habiéramos logrado ni la mitad de lo que logramos. RTV tiene la virtud de confiar en los creadores y aprobó nuestra propuesta de manera íntegra. Eso significó la mejor experiencia productiva de mi vida. Lo filmamos todo, en el tiempo previsto. Ojalá esa manera de producir se convirtiera en el pan nuestro de cada día, porque en esta institución hay funcionarios que se involucran en los procesos de creación y saben cuándo pueden aceptar algo o no. Esa es su carta de triunfo y ahí puedo hablar de Joel Ortega, de Adriana Moya y de otros donde prima el espíritu de que la obra y su calidad es lo primero.

Después de ganarse un prestigio como realizadora en televisión, a través de dramatizados como *Puertas, Sol y sombra, Clase magistral* y *Añejo cinco años*, y muchos otros programas como *Hurón Azul* o *Una calle mil caminos*, Magda González Grau convocó al director de fotografía Roberto Otero (*Penumbbras*), y a los muy experimentados Juan Antonio Leyva y Magda Rosa Galbán (*Habana Blues*) para hacer la música. Confió en la capacidad de Celia Suárez, una recién graduada de FAMCA en la especialidad de edición, y a todo este equipo se sumó el reconocido cineasta Tomás Piard (*El viajero inmóvil, Si vas a comer espera por Virgilio*) quien asumió la dirección de arte en este nuevo intento por retratar mujeres empoderadas, resueltas, complejas.

A pesar de todo lo escrito hasta este punto, es probable que el grupo de etiquetas con que los críticos y periodistas cinematográficos asumimos esta ópera prima resulten insuficientes para definir las inmensas dosis de aceptación, solidaridad, franqueza y bondadosa perseverancia que la película defiende contra viento y marea. Tal vez por ello reapareció, durante unas cuantas semanas, un espectáculo inusual fuera del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano: larguísimas colas a un costado del cine Yara.

